

que ofrece la vida nacional desde entonces son enteramente distintos de los que ofreció hasta aquella fecha, en que una guerra con Francia (la guerra de la Independencia) y el cambio en el régimen político, varían mucho la dirección de la historia. A esta nueva división llaman Edad *Contemporánea*.

Sin perder de vista estas divisiones tradicionales—fundadas en la indudable relación de nuestra historia con la general europea—y refiriéndonos á ellas en lo que cabe, adoptaremos en el presente libro otras más concretas que convienen mejor al desarrollo especial de nuestro pueblo y marcan con mayor precisión los distintos cambios que en él se han producido.



## EDAD ANTIGUA



### I

## TIEMPOS PRIMITIVOS



**8. Historia de la Tierra.**—La Tierra no ha sido siempre como ahora es, de la misma forma, con los mismos mares y continentes, ni ha estado poblada con iguales plantas y animales que los que hoy vemos. Unos y otros han pasado por cambios distintos, que necesitaron muchísimo tiempo para producirse. El estudio de estos cambios forma una ciencia llamada *Geología*, que es como la *Historia de la Tierra*; y del mismo modo que en la historia de los hombres hay divisiones de Edades, la Geología ha establecido otras en la sucesión de las transformaciones por que ha pasado la Tierra.

Los tiempos más antiguos, cuando empezó la Tierra á formarse con partes sólidas y partes líquidas, se conocen con el nombre de *arcaicos* ó *fundamentales*, sin que en ellos aparezca todavía de un modo indudable ningún ser vivo, vegetal ó animal: es decir, que sólo existían minerales sólidos (terrenos), líquidos (aguas) ó gaseosos. Siguen á estos tiempos otros llamados primarios (era primaria ó *paleozoica*), en que ya se hallan plantas y animales, siendo éstos en su mayor parte marinos (crustáceos, moluscos y peces). No existían entonces los conti-

nentes que ahora conocemos (Europa, Asia, Africa, etc.), sino islas numerosas, pequeñas y poco elevadas. La temperatura era uniforme y templada.

La era secundaria ó *mesozoica*, que siguió á ésta, se caracteriza por la formación de continentes extensos, con nuevos tipos vegetales y animales, clima cálido, pero que va ya diferenciándose en las distintas regiones del globo y constituyendo las *zonas de temperatura*, á la vez que se acentúan las *estaciones* del año.

Por fin, surgen los continentes con la forma y la extensión, aproximadamente, que tienen en la actualidad y con clima muy templado, vegetación extraordinaria, fauna en que sobresalen grandes mamíferos y abundancia de lagos y volcanes. Todos estos cambios caracterizaron una nueva era, que se llama terciaria, *neozoica* ó *cenozoica*.

No hay vestigios seguros de que el hombre viviera en estos tiempos, que duraron muchos miles de años. La Península española, cuyo macizo central (cordillera Carpeto-Vetónica) y parte del suelo de Galicia, del Norte de Portugal, Extremadura y provincias de Córdoba y Sevilla, se formaron en la era *arcaica*, se va completando en la *terciaria* mediante el levantamiento de los Pirineos, que hasta entonces no existían. El Mediterráneo se comunicaba con el Atlántico por una depresión del valle del Guadalquivir, mientras que en el valle del Duero, en el del Ebro y en el de Castilla la Nueva, existían tres grandes lagos, unidos los dos primeros por el Norte de Burgos y La Rioja, y otros menores veíanse por la parte de Murcia, Valencia y Sevilla. Estos lagos fueron corriéndose hacia el O. y desapareciendo, ya por evaporación, ya por desagüe en el mar, dejando las hondonadas, por donde vinieron á correr los ríos. También á fines de esta era comienza á levantarse sobre el nivel del mar la costa de Levante.

Como se ve, en este tiempo, si España tiene ya fundamentalmente la configuración actual, todavía se advierten en ella notables diferencias en la distribución de los terrenos, comparándola con la que presenta hoy día.

Antes de acabar la era terciaria, se produjo un notable cambio de temperatura, mudándose el clima subtropical en fríos intensos (período glacial), que cubren casi toda Europa de hie-

los y originan multitud de accidentes, preparatorios de modificaciones en las formas continentales. Con esto se abre la era *cuaternaria*; y pasado el período glacial, se restablece la normalidad de la temperatura, que adquiere condiciones análogas á las actuales. En esta era se encuentran ya indudables vestigios de que vivía el hombre.

**9. Aparición del hombre.—Período arqueológico en España.**—La era cuaternaria (que algunos llaman del *aluvión anti-*

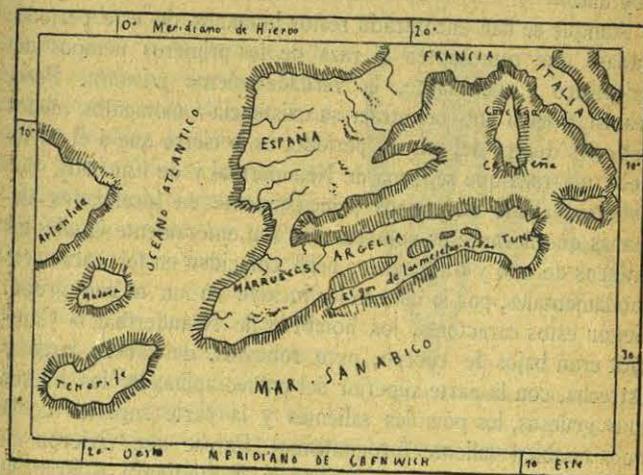


Fig. 4.—Unión de España y África en los tiempos prehistóricos. (Según Bourguignat.)

guo, reservando el nombre de *aluvión moderno* á la siguiente, en que se depositan las tierras actuales) ofrece varios períodos distintos, que importa señalar por relacionarse íntimamente con la existencia del hombre. El primero se llama *paleolítico* ó *arqueolítico*, es decir, de la «piedra antigua» y también de la «piedra tallada», porque, como veremos, el hombre de entonces fabricaba de piedra sus principales utensilios. Igualmente se le llama del *mammuth*, porque durante él predominó este animal gigantesco, parecido al elefante, dotado de grandes colmillos y cubierto de pelo, á la vez que otros carnívoros desaparecidos más tarde, como el oso de las cavernas y una especie de rinoceronte.

En este período, España estaba unida al Africa por Marruecos, y á Italia por la continuidad de Argelia y Sicilia, que aun no era isla. El Mediterráneo actual hallábase dividido en dos inmensos lagos. La temperatura era desigual, fría en las alturas y caliente y poco variable en los valles. La fusión de los hielos del período glacial producía grandes ríos de mucha corriente, que arrastraban enormes cantidades de tierra de las montañas, rellenando las partes hondas, más profundas entonces que hoy día.

Aunque se han encontrado restos humanos de este período, dúdase que representen la raza de los primeros tiempos del paleolítico y, por tanto, la verdaderamente primitiva. Pero, sea así, ó haya que retrotraer su existencia á momentos menos antiguos dentro del mismo período, es lo cierto que á él pertenece una raza que se llama de Neanderthal y de Canstadt, por haberse hallado sus restos principalmente en localidades alemanas que llevan esos nombres. No son enteramente iguales los cráneos de uno y otro punto, pero coinciden en los caracteres fundamentales, por lo cual se los incluye en un mismo grupo. Según estos caracteres, los hombres de Neanderthal ó Canstadt eran bajos de cuerpo, pero robustos, de cabeza larga y estrecha, con la parte superior del cráneo aplanada, los huesos muy gruesos, los pómulos salientes y la parte superior de la boca también saliente (prognatismo). Parece que vivieron en casi toda Europa, desde la península Escandinava á Francia, llegando por el E. á Bohemia y por el O. á Inglaterra. Respecto de España, es todavía dudoso si hubo entonces representantes de esa misma raza, pues un cráneo incompleto hallado en Gibraltar, y que ofrece análogos caracteres que los de Neanderthal y Canstadt, aunque exagerados en parte, no es completamente seguro que sea de esta época.

Vivieron los hombres de entonces, primeramente, á orillas de los ríos, por la caza y pesca abundantes que les ofrecían, y más tarde empezaron á ocupar las cuevas ó cavernas que encontraban en sitios altos, para librarse de las inundaciones. Comían de lo que cazaban y pescaban, y probablemente también hierbas y frutas. Conocieron quizá el fuego, y no usaban vestido alguno, aunque sí adornos.

Los objetos de que se servían para las diversas operaciones de la vida, eran de piedra (de las clases llamadas cuarcita, sílex ó pedernal, cuarzo de filón, jaspe, etc.), que tallaban á golpes. Se han encontrado de varias clases, que parecen ser unas más antiguas que otras, y forman dos tipos denominados *chelleuse* ó *cheleano* y *musteriense*, aunque ambos suelen reunirlos bajo una misma denominación (*amigdalóideo*) los antropólogos españoles. El tipo más antiguo se distingue del otro en estar tallado ó retocado sólo por una cara, y quizá corresponde á la industria de esa raza primitiva anterior á la de Canstadt, que algunos suponen, pero de la cual no hay restos esqueléticos. Los objetos de sílex hallados consisten en una especie de hachas (no de guerra, probablemente) gruesas y toscas, sin mango unas, y otras dispuestas para tenerlo, terminadas á veces en punta por un extremo; en piedras también gruesas, erizadas de puntas; otras que parece eran arrojadizas (como las de honda); raspadores y sierras y una especie de perforadores de forma romboidal alargada y punta fina. Dúdase si el hombre de esta época usó el hueso.—Estaciones humanas de esta clase se han hallado en España en la pradera de San Isidro (al lado del Manzanares), en la cueva de Perneras (Murcia) y en otros sitios. La estación de San Isidro es importantísima, como representante del tipo arqueolítico primitivo, por sus hachas de sílex sumamente características, y por la gran antigüedad (mayor que la de estaciones análogas de otros países) que revela la profundidad á que han sido hallados aquellos restos de la industria prehistórica.

No es la raza de Canstadt la única que aparece en Europa en el período arqueolítico. Existía también otra, de tipo diferente, braquicéfalo, llamada en general de Furfooz, aunque bajo este nombre se agrupan restos que difieren algo entre sí; pero

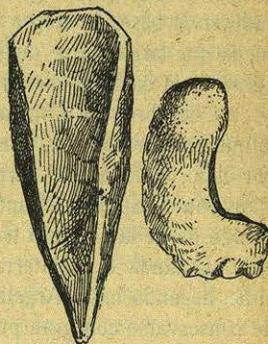


Fig. 5.—Armas arqueolíticas.

de esta nueva raza no se han hallado vestigios seguros en nuestra Península (hasta ahora á lo menos), correspondientes á este período; aunque en tiempos algo posteriores parece que existió en localidades de Andalucía y de Portugal (§ 13).

**10. La raza de Cromagnon.**—Si hay restos, en cambio, y muy abundantes, de una tercera raza también paleolítica, llamada de Cromagnon, posterior á la de Canstadt y cuya presencia en Europa señala, para algunos antropólogos, un período nuevo, de transición. Era esta raza alta y robusta, de cráneo grande é irregular, alargado y estrecho (dolicocefalo) pero aplano en la base, de frente ancha, recta y espaciosa, cara más ancha que larga, nariz delgada y prominente y muy salido el hueso de la barba. Difieren los antropólogos en punto al origen de los hombres de Cromagnon y al camino que siguieron al difundirse por Europa; pues mientras unos creen que entraron por el S., viniendo del Africa, y venciendo á los de Canstadt ocuparon á España, Francia y Bélgica, otros les suponen irradiando desde la comarca francesa llamada Perigord, hacia Bélgica, Holanda é Inglaterra por el N., y España é Italia por el S., llegando hasta Argelia y las islas Canarias, donde hubo de conservarse con gran pureza hasta el siglo xv. Pero, sea de esto lo que quiera, lo que importa saber es que la raza de Cromagnon vivió en nuestra Península, habiéndose hallado restos de ella, ó de su industria, en muchas cuevas de diversas localidades, como la de la Solana (Segovia), la de Serinyá (Gerona), Santillana (Santander), la Lóbrega (Torrecilla de Cameros) y otras de Granada, Málaga, Almería, Murcia, Alicante y Portugal (casa de Moura).

La vida social de esta raza se caracteriza por formar probablemente grandes grupos (tribus), habitar con preferencia en cavernas, haber modificado la forma y hasta la materia de los objetos que usa, y multiplicar el número y especie de ellos.

En el desarrollo de su civilización se distinguen, por lo general, dos períodos, llamados de Solutré y de la Magdalena, por las dos localidades francesas en que primeramente se hallaron los restos industriales que les corresponden. El primero se caracteriza por la mayor finura y elegancia de los útiles, más largos, también, que en el período anterior. Aparece

una clase de lanza de figura de hoja de laurel, con pedúnculo ó apéndice que permite sujetarlas ó encajarlas en un mango, así como puntas de dardo y de flecha, raspadores simples (por un solo lado) y dobles, percutores, perforadores y astillas ú hojas agudas en forma de cuchillos. El material que se usa para fabricar estos utensilios no es ya sólo la piedra, sino también el hueso y el asta de ciervo. Revélanse en este período las primeras manifestaciones artísticas, con grabados en piedra, muy imperfectos.

El segundo período, *magdaleniense* ó del *reno* (que corresponde al que llaman *mesolítico* algunos autores), es el más característico de la industria de Cromagnon, y no faltan antropólogos que lo creen anterior al de Solutré, ó de origen distinto. Nótase en él gran adelanto en la construcción de armas y útiles, dando gran desarrollo al material de hueso con preferencia al de piedra (que parece decaer, exagerando el tipo pequeño) y usando también el marfil y el asta, que en España es de ciervo y no de reno, porque este animal (que da nombre al período en Europa) no existió en nuestra Península, deteniéndose en el Pirineo. Fabrica cuchillos con mango, y una especie de espadas cortas con punta; flecha, raspadores, buriles, taladros, arpones y agujas y otros objetos de uso desconocido, así como adornos de conchas y piedras.

El hombre de esta época usaba quizá vestidos (de pieles), como parecen denotarlo las agujas encontradas; se adornaba mucho con brazaletes, pendientes, collares, etc.; empleaba insignias, representadas por una especie de bastones de mando hechos de un cuerno de reno taladrado y adornado, y por diademas, como la hallada en un cadáver de la gruta de Menton. Dedicábase á la caza de los grandes mamíferos, de los que comía el tuétano, extrayéndolo con una especie de cucharas ó espátulas. En punto á habitación, es posible que comenzara á construir tiendas ó cabañas; pero en general usaba todavía, predominantemente, las cuevas naturales, que servían también de cementerios ó enterramientos. Los cadáveres sepultábanse juntamente con armas, utensilios y objetos de adorno, de donde se ha deducido que los hombres de estos tiempos rendían culto á los muertos, como se sabe de muchos pueblos de fecha pos-

terior y de los salvajes actuales. También del uso de amuletos se ha deducido que profesaban alguna creencia religiosa; así como de las insignias antes nombradas, el hecho de existir ya diferencias de clase y jerarquía social ó política. Los puntos reconocidos en España como pertenecientes al período magdaleniense, ó que contienen objetos que corresponden á ese arte, son: la cueva de Altamira (Santander), la de Serinyá y quizá la del Mondúber (Valencia.)

**II. Desarrollo de esta civilización en España.—El período neolítico.**—En las cavernas de España donde se han hallado restos esqueléticos de la raza de Cromagnon, se advierten particularidades que muestran un progreso grande en la cultura de ella y señalan un período de transición hacia nueva edad, caracterizada por el predominio de nuevos elementos de industria y por el general perfeccionamiento de la vida. Así, en la cueva de la Lóbrega, en la de la Mujer (Alhama) y en la del Tesoro (Málaga), aparece ya la cerámica, representada por cacharros de barro hechos á mano y endurecidos probablemente al aire libre y con fuego por la parte interior. También se encuentran, en las cuevas del tipo magdaleniense (cuya más genuina y elevada representación aquí corresponde á la cueva de Altamira y á otras varias recientemente descubiertas en la misma provincia de Santander), muestras de pintura y grabado en la roca, de un admirable aunque tosco realismo que reproduce figuras de animales (toros ó bisontes, ciervos, caballos, etc.) pintadas de ocre y de almazarrón, y signos lineales ó hemisféricos que manifiestamente son de escritura: los primeros, análogos á las pictografías prehistóricas de Egipto, y los segundos, probablemente, á una forma de escritura antiquísima de que ya se han hallado manifestaciones en muchos países y, dentro de España, en varias localidades de Santander, Galicia, Cáceres, Badajoz, Almería, Alicante, Teruel, y en Portugal. Todos estos hechos, que no aparecen en las estaciones de los primeros tiempos paleolíticos, y que tanta novedad ofrecen, han llevado á pensar á algunos arqueólogos y antropólogos en la distinción de un nuevo período, de transición entre el *paleolítico* propiamente dicho y la civilización más adelantada que le sigue, llamada *neolítica*. A ese período de transición se le ha apellidado *meso-*

*lítico*, y á él pertenecerían la cueva de Altamira y las demás que presentan caracteres análogos, algunos de los cuales creen también otros arqueólogos que pueden ser obra de gentes sucesoras del pueblo paleolítico en la habitación de las cavernas, ó de influencias extranjeras que ya se hubieron de producir sobre aquéllas.

Pero lo que propiamente caracteriza el período *neolítico* es una nueva manera de trabajar la piedra, pulimentándola (ó más exactamente, martillándola y aguzándola, para perfeccionar su forma) en vez de tallarla simplemente, al mismo tiempo que las formas de las armas y objetos van cambiando, y que se emplean clases de piedras nuevas (diorita, fibrolita, etc.). Así se observa, v. gr., en los llamados *kiokenmodingos* ó *paraderos*, grandes montones de restos de cocina y de habitación al aire libre, como los hallados en Portugal. Ayudan á la transformación las variaciones climatológicas originadas por la retirada de los glaciares ó heleros y el aumento

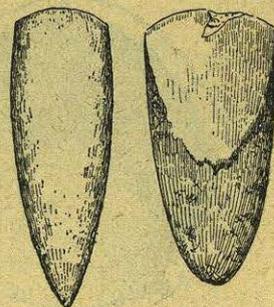


Fig. 6.- Instrumentos de piedra pulimentada.

de la temperatura, que obliga al reno, al mammoth y otros animales, á emigrar del centro de Europa, quitando al hombre una gran base de su sustento y de su arte é inaugurando la era *moderna* (§ 9). Con esto, es uno de los caracteres de la nueva civilización el renacimiento de la industria de la piedra (que en gran parte se había sustituido, como se dijo en el § 10, por el hueso, el marfil y el asta), pero ya, según se ha notado antes, no tallada, sino pulimentada. Nó quiere esto decir que acabe por completo la talla, sino que se usa también el pulimento, desconocido en los tiempos genuinamente paleolíticos y aplicado á nuevas formas de instrumentos, que difieren también de los antiguos en tamaño. La simple talla, no sólo se conserva, sino que se perfecciona mucho.

Los objetos que se fabrican ahora, conservan rasgos de los del período anterior, como las puntas de flecha y las hojas con

empuñadura; mas aparecen otros nuevos, que lentamente van sustituyendo á los antiguos, como hachas talladas en bisel, una especie de azuelas ó azadas pequeñas, martillos, molinos y morteros: usándose para estas fabricaciones, además del sílex, otras clases de piedra, como ya hemos dicho. En hueso y ámbar se hacían brazales para proteger los brazos en la guerra, peines, alfileres, agujas, leznas, ciseles, collares, botones en forma de disco cónico y otros objetos.

Acentúanse, á medida que adelanta la civilización *neolítica*, los ensayos de cerámica (cocida al sol ó en hogueras) en forma de

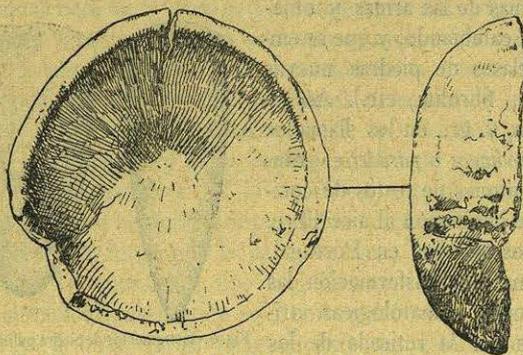


Fig. 7.—Ejemplar de cerámica de Argcilla: ¿mesolítica? (Museo esp. de antigüedades.)

vasos funerarios y de uso común con adornos, pulimentadores, tinajas, una especie de lámparas, y discos agujereados que se ensartaban con una fibra (*fusaiolas*): siendo de notar que los vasos hallados en los Pirineos y en Portugal son superiores á los del centro de Francia por la forma y por el decorado. Ejemplares de esta cerámica se encuentran en cuevas y lugares de Almería, Alicante, Murcia, Málaga, Granada, Guadalajara, etc.

A la vez aparecen las industrias textiles, como lo prueban restos de vestidos encontrados en cuevas de la provincia de Granada y otros puntos. El oro es ya conocido y empleado en construir objetos, y siguen usándose para adornos las conchas, caracoles, azabache y otros materiales.

El hombre de este período conocía la agricultura, de la cual aprovechaba los cereales, como lo indican los morteros y moli-

nos á brazo encontrados; conocía también la navegación, en piraguas ó canoas hechas de un solo tronco ahuecado, y había llegado á domesticar diversos animales, como el perro, la cabra, el toro y el caballo.

Vivía unas veces en chozas, otras en islotes artificiales sobre los ríos, ó en habitaciones construidas dentro de los lagos, sobre pilares de madera. A estas habitaciones se les ha llamado *palafitos*, no habiéndose hallado hasta la fecha ningún ejemplo cierto de ellas en España, aunque se ha supuesto existieran en algunas localidades, como Galicia, León, Huelva y Puig de Malabella (Gerona). En su lugar, son frecuentes las viviendas

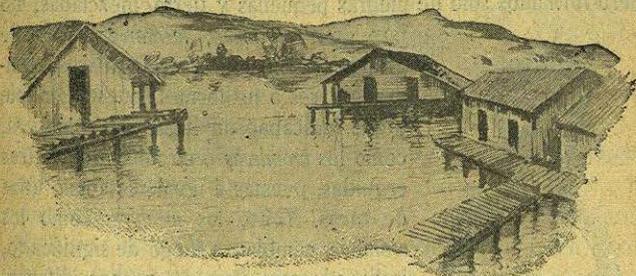


Fig. 8.—Reconstrucción de un palafito prehistórico.

*trogloditas* ó en cuevas (siguiendo la tradición anterior), á veces en series ó pisos (Menorca, Bocoirente, Madrid, etc.), y cuyas paredes muestran pinturas, como en la cueva de la Mujer y la de los Murciélagos (ambas de la provincia de Granada); y las construcciones al descubierto de tierra y piedras (citamias, castros, campos atrincherados...) Como consecuencia del gran desarrollo de la industria, formáronse también centros de producción ó *talleres*, es decir, sitios donde se fabricaban los útiles é instrumentos de piedra, principalmente, y desde donde se exportaban á todas partes. Ejemplo de ellos es el hallado en Argcilla, provincia de Guadalajara. Resultado de la vida al descubierto que va sustituyendo á la *troglodita*, y de la aglomeración de los hombres en tribus, es el crecimiento de los *pataderos* de que ya hemos hablado y que se encuentran en lugares de Portugal, de León, etc.

12. **Monumentos megalíticos.** — Pero lo más interesante de este período son los monumentos funerarios. El hombre neolítico enterraba á sus muertos utilizando para ello, unas veces (como en el período anterior), las cuevas naturales ó las fosas (Carmona, Cienpuzuelos), y otras veces construyendo verdaderos monumentos de varias clases: *dólmenes*, formados por una ó varias losas grandes que descansan horizontalmente sobre otras puestas de canto y constituyen así un techado, á veces cubierto de tierra (en cuyo caso producen una eminencia redondeada, que en Galicia, donde hay muchas se llama *mamoa* ó *mambla*); *túmulos*, parecidos á los dólmenes cubiertos, pero formados sólo de piedras pequeñas y tierra mezcladas, no por grandes losas; *menhires*, rocas de grandes dimensiones, triangulares, cuadrangulares ó fusiformes, puestas en pie y que indicaban un lugar de sepultura, como los *cromlechs* ó círculos de piedras erguidas, puestas á igual distancia unas de otras. Tanto los *menhires* como los *cromlechs* cambiaron luego de significado, indicando otra clase de hechos diferentes de los funerarios. Las enormes dimensiones de estos monumentos han

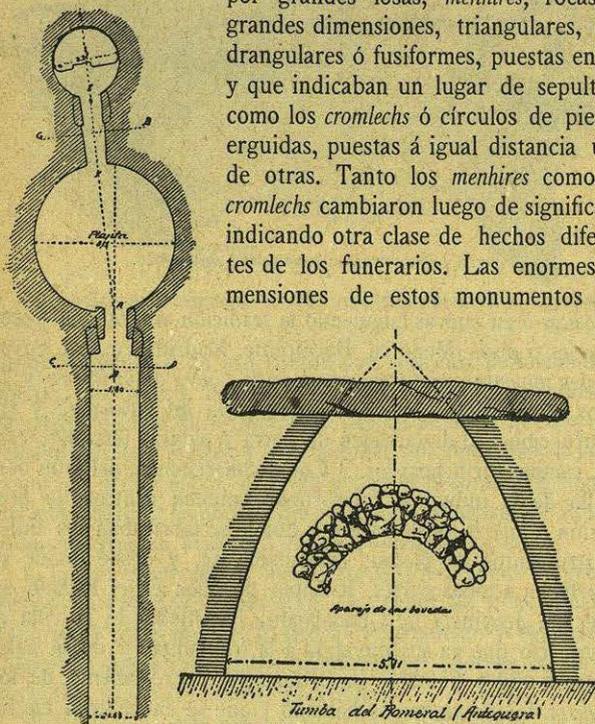


Fig. 9.—Planta y corte de la tumba del Romeral.

dado lugar á que se les llamase *megalíticos* (de dos palabras griegas: *megas*, grande, y *lithos*, piedra).

Los de España (centro de este arte, en opinión de algunos arqueólogos) pueden distinguirse en dos grupos: uno, cuyos ejemplares se hallan distribuidos por toda la Península y que no difiere del que se encuentra en el resto de Europa; otro especial del S. de Andalucía y de la región portuguesa, llamado de cúpula. El dolmen español más importante es el dolmen ó *cueva* de Menga (Antequera), cuya cámara ó estancia está dividida en dos

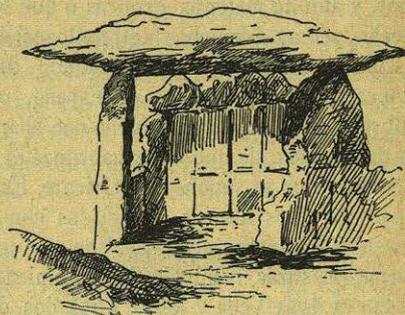


Fig. 10.—Dolmen español, llamado del tío Cogullero.

naves por pilares que sostienen el techo. Comparados los de cúpula con los primitivos de Grecia (Micenas), hállanse analogías que hacen pensar en una influencia venida de este último país, muy patente en la tumba llamada del Romeral, también de Antequera, con cúpula. Sin embargo, se ha hecho notar que el megalitismo propiamente español difiere del oriental primitivo en que éste usa el sillar labrado y aquél no; pero que la evolución del español se produjo por influencias griegas, parece hoy indudable.

Los cadáveres están colocados, en las sepulturas neolíticas, sentados y con objetos de uso común á su alrededor, tales como hachas, cuchillos, copas ornamentadas, etc., lo cual hace suponer que los hombres de esta época, como los de la anterior, creían en una nueva vida, en la cual necesitaban los muertos de los mismos útiles y armas que durante la existencia terrenal habían usado. Esta circunstancia, y el esmero que ponían en los monumentos funerarios, permiten afirmar la continuación del culto de los muertos, al cual corresponden también, probablemente, ciertas obras escultóricas que parecen ídolos y que se han encontrado en los enterramientos. Otras veces, los cadáveres

se colocaban dentro de grandes tinajas de barro; y aun parece que en ciertos puntos (v. gr., Almería) se practicaba la cremación, especialmente en los muertos del sexo masculino.

**13. Origen de la civilización neolítica.**—La presencia de tantos tipos nuevos en la industria, de progresos extraordinarios, y aun de materias exóticas ó que se califican de tales, ha hecho pensar á muchos antropólogos é historiadores que la civilización neolítica es el resultado de la invasión de una nueva raza en Europa (y en España, por tanto), que influye sobre la de Cromagnon ó lucha con ella: ya sea esta nueva raza la de Furfooz, de que antes hablamos (§ 9), ú otra cualquiera, venida, como se supone, del Oriente. Es verdad que en España aparecen tipos nuevos, mezclados con otros puros de Cromagnon, en cuevas neolíticas como la de la Solana, ó acusando formas mestizas resultado de cruzamientos, como tal vez el de la cueva de la Vella y los de otras dos de Portugal (Carvalho y Montejuento), ó francamente distintos de aquéllos, como los hallados en dólmenes de Andalucía, en diversos lugares de Alicante, en el valle de Mena y en Portugal; pero no es seguro que estos tipos aparezcan sino en los momentos en que la civilización neolítica comienza á ser sustituida por otra nueva, la de los metales, ni lo es tampoco que, aun refiriéndose á esta época la inmigración, haya procedido del E. de Europa, creyendo algunos antropólogos que más bien pudo venir de la Libia y el Egipto, representando la raza africana de los Atlantes, que hoy subsiste en los bereberes de la Argelia y Marruecos. Toda conclusión en este punto es insegura todavía, aunque en muchos monumentos españoles neolíticos se observen analogías (que no se pueden explicar por simples coincidencias) con otros de las islas del mar Egeo y de la península griega del Peloponeso, como hemos visto en las tumbas. La cuestión de la mezcla de nueva raza es, sin embargo, distinta de la del origen de la industria neolítica, que no es forzoso trajesen consigo los nuevos pobladores, aunque hubiesen llegado al comienzo de este período como los antropólogos portugueses sostienen respecto de una raza braquicéfala. Algunos especialistas en estos estudios se inclinan á suponer que el tránsito de la piedra tallada á la pulimentada es resultado de una evolución natural é indí-

gena, sin necesidad de recurrir á la importación para explicarla en lo que toca á nuestra Península, y aun que el período neolítico puro no es sino «una fase transicional del salvajismo paleolítico, como supervivencias á medio evolucionar, en contacto de la civilización nueva» ó de los metales, traída por influencias extrañas.

**14. Progresos y fin de la civilización neolítica.**—Todos los elementos de civilización que caracterizan el llamado período neolítico, van creciendo con el tiempo y llegan en su desarrollo á un grado superior que, en sentir de algunos autores, señala un período ó grado nuevo, constituyendo á la vez el tránsito de la edad de piedra á la del metal, que viene en seguida. En este grado de la cultura neolítica adviértese un gran progreso en los procedimientos para trabajar la talla del pedernal, con formas muy notables de armas, como son las flechas triangulares sin pedúnculo encontradas en el O. y S. de España, y un puñal de hueso hallado en Aznaga (Badajoz). La piedra pulimentada decae, sustituida (como diremos) por el uso del cobre.

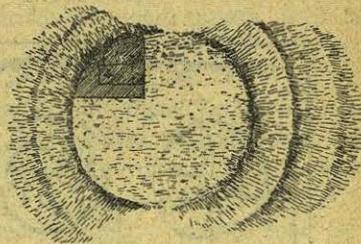


Fig. 11.—Plano del castro de San Julián de Recare.

El hombre de este período empieza á construir casas con pisos, cuyos muros son de piedra cimentada con tierra y el techo de cañas y ramaje cubierto de tierra. Sostienen además el edificio grandes columnas ó poyos de madera. Cerca del río Andarax (Almería) se ha descubierto una aldea cuyas casas estaban construidas de aquel modo, hallándose defendida con fosos y un puente que la cerraban, y con otras construcciones cercanas, que constituyen un campo fortificado como el de Mola de Chert (Castellón) y los que se llaman *castros* en Galicia. Ya veremos como este tipo de construcción y defensa de los pueblos se prolonga hasta tiempos más cercanos. También se encuentran murallas, de indudable tipo miceniano (v. gr., las más antiguas de Tarragona, y otras en Gerona, Olérdola y en el Castillo de

Ibros, en Jaén), formadas por bloques más ó menos toscamente labrados.

Las necrópolis ó cementerios de estos pueblos tienen las tumbas recordando la forma del dolmen: circulares, con una especie de bóveda por techo, cuyo centro sostienen columnas de madera ó de piedras (§ 13). Algunas tumbas presentan una galería de entrada (cosa frecuente en los dólmenes también), y cámaras ó salas laterales. En las paredes se ven pinturas y relieves (necrópolis del río Andarax y otras en Granada), encontrándose asimismo túmulos, cromlechs y demás monumentos megalíticos. De la misma clase son la citania descubierta en el monte de San Román (Portugal) y la llamada Cava de Viriato

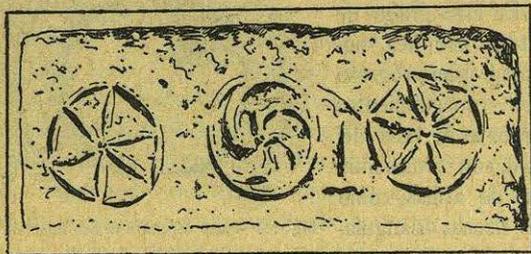


Fig. 12.—Piedra de una citania (Portugal) con la swástica en el centro.

(Vizeu). Cada tumba contiene de 1 á 100 cadáveres, al lado de los cuales se ven útiles de piedra pulimentada (cuchillos de 35 centímetros y de 15). A veces se encuentran huesos y telas carbonizadas, lo cual hace pensar en si imperaba ya entonces la costumbre general de quemar los cadáveres.

La cerámica de este período lleva ornamentación lineal, hecha con los dedos y á uña, primero, luego con punzón, y más tarde, otra más rica, quizá simbólica, de palmas, triángulos con puntos y escenas silvestres. El grabado es en hueco relleno de pasta blanca. Nuevos tipos más perfectos, presentan pinturas en rojo, verde ó azul sobre tierra blanca. Se encuentran vasos en forma de cáliz ó tulipán con ornamentación geométrica, quizá exóticos (¿imitación de los etruscos y griegos?: en Setúbal, Ciempozuelos, Talavera, Carmona, Argar), como también se

supone que los vasos de ornamentación rectilínea sean de origen egipcio. Los hay de yeso, adornados de líneas grabadas y pinturas rojas ó azul verdosas, uno de cuyos ejemplares tiene la forma de huevo de avestruz cortado, que parece revelar su procedencia oriental. Al lado de este tipo, se hallan otros—los de forma de cáliz ó tulipán con líneas en hueco, á veces rellenas de pasta blanca—que parecen de origen occidental y abundan muchísimo en la Península. Finalmente, se han descubierto estatuillas groseras en alabastro, aragonito y marfil que, como en el período anterior, se colocaban en las tumbas en proporción del número de muertos, y otros objetos de uso tal vez religioso; y figuras de bastones ó báculos y de cuerpos y rostros humanos, trazadas geoméricamente sobre pizarra. (Los mejores ejemplares han sido hallados en tumbas de la región portuguesa.)

Pero lo más característico de este último tiempo del neolítico—y lo que lo convierte en verdadera transición á la edad de los metales, según algunos autores—es que, al lado de los objetos de piedra, marfil, hueso, etc., se encuentran otros de cobre: hachas, tijeras, punzones, agujas y hojas de doble filo y dentadas (Millares y Parazuelos de Murcia, en España; San Román, en Portugal, etc.) No puede, sin embargo, afirmarse esto con toda precisión; porque, si bien es verdad que tales objetos se han hallado en las construcciones que mencionamos antes, como éstas duraron bastante y fueron habitadas por hombres de épocas posteriores, quizá de éstos provienen los objetos de metal cuya introducción señala tiempos nuevos. Antes del cobre es muy probable que conocieran los españoles el plomo.

Como resumen de todo el período neolítico español en sus dos grados, podemos decir que lo caracterizan tres cosas: la religión de los muertos, con la creencia en una segunda vida origen de las grandes construcciones sepulcrales; la condición militar ó defensiva de las poblaciones, lo cual supone la guerra; y las probables relaciones comerciales con otros pueblos, como al parecer lo indican los talleres y la presencia de objetos exóticos, hechos, incluso, de materias que en España no existían.

**15. Edad de los metales.**—Se llama así porque en ella usa principalmente el hombre, para fabricar sus instrumentos de guerra y trabajo y los objetos artísticos, diferentes clases de metal, abandonando la piedra, aunque no de golpe, sino poco á poco. Según la clase del metal empleado, se distinguen tres períodos:

a) *Del cobre.*—Aunque todavía no está enteramente averiguado si hubo un tiempo en que el *único* metal que usó el hombre fué el cobre, muchos autores sostienen que sí, y admiten, por tanto, la sustantividad de este período. Ya hemos visto que, en opinión de algunos, el cobre se usó en España en los últimos tiempos del neolítico, puesto que objetos de este metal aparecen en estaciones neolíticas y mezclados con otros de piedra: de lo cual son un notable ejemplo las tumbas de Carmona. Las últimas investigaciones parecen permitir la afirmación de que (coincida ó no con los tiempos llamados neolíticos) hay aquí un período en que se usa sólo el cobre, por dificultades puramente regionales para llegar al bronce. Los objetos de cobre copian las formas de los de piedra, trabajándose á martillo y no por fusión. Caracterizan este período el hacha de mango transversal y el torno de alfarería, para fabricar la loza. Algún autor (Siret), cree que el cobre fué dado á conocer á las poblaciones españolas por los fenicios.

b) *Del bronce.*—El bronce es un compuesto (aleación) de dos metales: el *cobre* y el *estaño*. Créese que lo trajeron á España gentes extranjeras, de Asia (quizá del tronco celta: ¿siglo XII ú XI?), á juzgar por la igualdad de la aleación y por ciertos signos y figuras como la *swastica* ó cruz gammeada; aunque algunos autores opinan que pudo descubrirse en nuestra misma Península, sin extrañas influencias.

Las ciudades y las sepulturas de este período conservan el tipo del neolítico; pero al final se hacen más sencillos los enterramientos, desapareciendo las cúpulas y columnas y usándose ataúdes de piedra ó de barro (como en Argar), ó fosas poco profundas, ó tumbas hechas de lajas de pizarra (Fuente del Alamo), y poniendo al lado del cadáver objetos preciosos y alimentos. La cerámica se modifica, desapareciendo la adornada de los tiempos neolíticos y siendo sustituida por otra de super-

ficie negra y muy alisada y con pie, á veces. También la hay de forma de huevo cortado y con reborde; y se advierte menos complicación en los objetos de arte é industria. Las formas principales de los instrumentos y armas son: el *hacha* ó *célta*, primero igual á las de piedra y luego con talón, aletas, mango hueco ó anillos; la *hoz*; el *cuchillo*, de adornos muy variados; los *puñales*, de multitud de formas, y las *espadas*, con puños muy elegantes y llenos de dibujos; cierta especie de *alabardas* de cobre; las *flechas* y *lanzas*; *armaduras* (corazas y cascos) y *jaeces* para caballos; y, finalmente, los *adornos* (brazaletes, fibulas, anillos, cinturones, láminas en tubo ó hélice, pendientes, diademas, etc.); siendo de notar que las joyas en oro, plata y cobre, que no se ven en el neolítico, abundan ahora. También son frecuentes los collares de granos de serpentina y hueso. La ornamentación es geométrica (círculos, medios círculos, cruces).

La explotación de minerales para la industria y de la plata especialmente, aparece indudable en virtud de descubrimientos de escorias, martillos de piedra (diorita) y cráneos, hechos en minas de Almería, Córdoba, Huelva y Asturias; y aun es probable que algunas de éstas (las del Aramo) fuesen ya explotadas en época anterior, á juzgar por la presencia exclusiva de instrumentos de piedra, y el tipo muy cercano al de Cromagnon de los cráneos hallados. Las localidades españolas reconocidas hoy día como centros de la civilización del bronce, son muchas, en Andalucía, Portugal, Galicia y Castilla la Vieja.

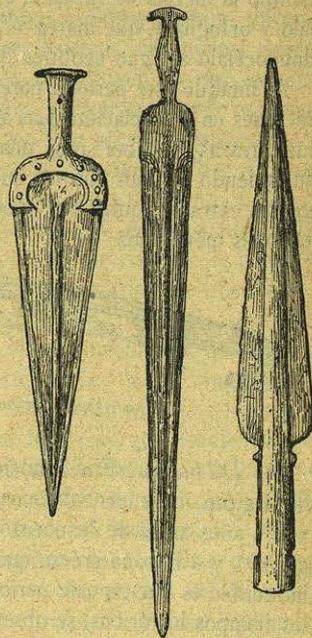


Fig. 13.—Armas españolas, de bronce.

Los hombres de este período siguen viviendo en aldeas (generalmente fortificadas y construídas en sitios escarpados y escondidos), en paraderos construídos sobre marismas de poca profundidad y también en cuevas artificiales como las que se ven hoy mismo en algunos pueblos de Andalucía y Valencia (Torrente).

Adviértese claramente en las estaciones españolas de este tiempo la mezcla de razas, si bien dominando un tipo braquicéfalo y ortognata, que marca el elemento nuevo sobrepuesto al dolicocefalo antiguo neolítico de Cromagnon.

Al final de este período parece haber ocurrido grandes alteraciones en la población. Las aldeas llevan (en la región andaluza) trazas de haber sido, unas abandonadas, otras quemadas, suponiendo algunos autores que hubo invasiones y guerras con gentes extrañas, quizá por querer éstas apoderarse de las explotaciones metalíferas.

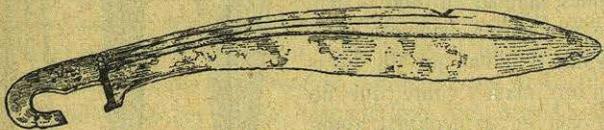


Fig. 14.—Espada característica del período de hierro.

c) *Del hierro.*—Fué conocido este metal desde muy antiguo (en Egipto, muy probablemente desde las primeras dinastías, 5,000 años antes de Jesucristo, y en Grecia, quizá desde el siglo xv), y á España créese que lo trajeron gentes de Africa. Lo indudable es que en este período (que propiamente entra ya en los tiempos históricos) se observa en la civilización de los pobladores peninsulares muchas y diversas influencias de pueblos extraños ya conocidos (v. gr., fenicios, griegos y otros de la Europa central), como en las espadas, en los escarabeos, crateras, ánforas, vasos de alabastro, huevos de avestruz pintados, broches, figuras de animales grabadas en madera, urnas cinerarias con pinturas, adornos de oro de tipo oriental, peines de marfil, brazaletes ovales de bronce, cerámica de color claro bien cocida y á veces adornada de bandas de pintura roja, perlas en pasta esmaltadas y otros objetos encontrados en sepulcros de diferentes regiones, entre ellos los notabilísimos de Carmona.

Es de notar que los utensilios de hierro aparecen mezclados con los de bronce y cobre, siendo muy abundantes en algunas regiones, como la catalana, y en general toda la costa E. y las Baleares. El uso simultáneo de metales ha llegado en algún caso á darse en un mismo objeto, como la admirable (y única en Europa) espada con empuñadura de bronce y hoja de hierro, hallada en Galicia.

**16. Resumen de estos tiempos.—Cómo deben entenderse.**—Todos estos períodos que llevamos estudiados, desde el de la piedra tallada al del hierro, constituyen los que, en conjunto, se llaman *Tiempos prehistóricos*. Etimológicamente considerada esta denominación, es errónea y se presta á falsas interpretaciones, pues significa «antes de la historia», como si pudiera haber hechos del hombre que estuviesen efectivamente fuera ó antes de lo histórico. No se ha querido, sin embargo, dar á la palabra prehistórico este sentido, sino el de referirse á tiempos en que no existían todavía testimonios literarios escritos (narración histórica) de la vida de los pueblos, pudiendo utilizarse tan sólo los restos materiales. Modernamente se ha pretendido introducir una nueva denominación, la de *protohistoria*, que unos aplican á los tiempos inmediatamente posteriores á los prehistóricos, en que aun no hay más que tradiciones y noticias vagas (*tiempos tradicionales*, dicen algunos), sin historia escrita precisa, y otros á las épocas de la piedra y comienzo de los metales (ó al período que va desde el neolítico á la invasión romana), dejando la denominación de *prehistoria* para las épocas ó eras geológicas anteriores á la aparición del hombre. Si se conserva á lo *prehistórico* su originaria y más constante significación, no puede, de todos modos, aplicarse sino á los períodos arqueolítico, neolítico, y todo lo más al del cobre, puesto que de los tiempos en que aparece el bronce hay ya testimonios que los hacen entrar en la categoría de propiamente *históricos*, según veremos en el capítulo inmediato.

Conviene ahora hacer otras dos observaciones en punto á estos períodos. Es la primera que, si bien se llama de la piedra tallada, de la pulimentada, del cobre, etc., no quiere esto decir que en cada uno se usara sólo el material indicado por su nombre, sino que, como ya hemos visto, coexisten los antiguos con

los nuevos, de modo, v. gr., que continúa usándose la piedra aún después de descubierto el bronce. La segunda es que, ni todos los pueblos han atravesado sucesivamente aquellos períodos en el mismo orden (en algunos, el hierro precede al bronce), ni en todos ha sido simultáneo el uso de cada materia; y así, cuando unos conocían ya el hierro, otros sólo empleaban el bronce y otros la piedra, y es probable que algunos de los caracteres de la civilización prehistórica española sean puramente locales y no puedan generalizarse como si hubiesen existido en toda la Península.

Debe tenerse en cuenta, además, la incertidumbre de mucho de lo que hoy se sabe respecto de estos períodos. El estudio del hombre prehistórico es muy reciente, y aun hay muchas dudas y vacilaciones en no pocos puntos; pudiéndose presumir, respecto de ciertas afirmaciones, que vengan á ser desmentidas por futuros y muy posibles descubrimientos, puesto que restan muchos lugares de España por explorar. Téngase, pues, todo lo dicho como provisional, mientras nuevos estudios no lo modifiquen.

Otra reserva hay que hacer por lo que toca á la *cronología* de estas épocas primitivas. La idea de tiempo es muy necesaria al hombre para comprender con claridad la sucesión de los hechos históricos y la dependencia en que están los unos, como efectos, de otros que son sus causas ó precedentes. Pero, en lo que toca á los períodos primitivos de nuestra historia, no podemos determinar cuándo empiezan ni cuánto duró cada uno. No cabe, pues, indicar *fecha* alguna que nos ayude á concebir la antigüedad de las primeras poblaciones españolas, ni el tiempo que tardaron en pasar de la civilización paleolítica originaria á la del hierro, que inicia las edades *históricas*. Como ejemplo de una hipótesis, indicaremos que, en opinión de los investigadores de la localidad de Argar, tan notable en objetos de metal y particularmente de plata, la época á que corresponde esta civilización se remonta próximamente á 2,000 años antes de la Era cristiana. Un especialista moderno en estos estudios (Siret), propone el siguiente ensayo de cronología: Edad de la piedra pulimentada, desde una fecha desconocida al año 1700; período del cobre con talla hermosa del sílex, 1700-1200 (supremacía

de la influencia fenicia, con gran explotación de metales y difusión de los monumentos funerarios, cúpulas y construcciones megalíticas); período del 1200 al 1110, caracterizado por la invasión de los celtas en Occidente y destrucción del imperio fenicio en esta parte; período del bronce (los fenicios de Tiro se establecen en Cádiz y los griegos llegan al Mediterráneo occidental, mientras que los celtas dominan la mayor parte de la Península: abandono de la arquitectura megalítica; fundación de numerosas acrópolis); período primero del hierro, del 800 al 600 (apogeo del comercio griego); período segundo, del 600 al 400 (preponderancia cartaginesa en el Occidente; preludios de su extensión en la Península).

